

El esquema cultural de género y sexualidad en la vida cotidiana. Una reflexión teórica

Consuelo Patricia Martínez Lozano
*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social (CIESAS)
(estudiante de posgrado)*

Resumen. El presente trabajo intenta desarrollar una breve reflexión teórica en torno a los roles de género y sexualidad contruidos de acuerdo con patrones culturalmente establecidos y al contraste con la manera en que mujeres y hombres ejercen su sexualidad en su entorno inmediato y en su vida cotidiana. Esto nos lleva a reflexionar acerca de los procesos y formas en que los individuos enfrentan cotidianamente los esquemas de género socialmente aprendidos, imprimiéndoles variaciones o resistencias en el ejercicio de la vida cotidiana. La vivencia y práctica diaria de los roles de género y sexualidad que mujeres y hombres desarrollan a diario no siempre responden a la configuración cultural de dichos roles. Para esta reflexión teórica se ha recurrido a Bourdieu, Heller, León, De Certeau y Weeks, entre otros autores.

Palabras clave: 1. género, 2. sexualidad, 3. vida cotidiana.

Abstract. The current work tries to develop a brief theoretic reflection on gender and sexuality roles that are built according to established cultural patterns, and the contrast with the way that men and women portray their sexuality in daily life. This leads one to reflect on the processes and ways that individuals face socially learned gender schema, creating variations or resistance to them in the execution of everyday life. The experience and practice of gender and sexuality roles which man and women develop day to day, do not always answer to the cultural configuration of such roles. For this theoretic reflection Bourdieu, Heller, León, De Certeau and Weeks, among other authors, were referred to.

Keywords: 1. gender, 2. sexuality, 3. daily life.

El esquema cultural de género y sexualidad

La diferencia sexual representa uno de los problemas o el problema en el que ha de pensar nuestra época. Según Heidegger, cada época tiene una cosa en qué pensar. Una solamente. Probablemente, la diferencia sexual es la de nuestro tiempo.

Luce Irigaray

Emma deseaba un hijo; tenía que ser fuerte y moreno y se llamaría George. La idea de tener un varón era para ella como la esperanza de un desquite de todas sus pasadas impotencias. El hombre, al menos, es libre, puede tener pasiones, recorrer países, salvar obstáculos y saborear goces lejanos. La mujer, en cambio, está constantemente privada de todo. Inerte y flexible a la vez, tiene contra ella las debilidades de la carne y los rigores de la ley. Su voluntad, como el velo de un sombrero, que un cordón sujeta, palpita a todos los vientos; siempre hay un deseo que impulsa, una conveniencia que refrena.

Dio a luz un domingo, a las seis de la mañana, al salir el sol.

—¡Es una niña!— exclamó Charles.

Emma volvió la cabeza y se desmayó.

Gustave Flaubert ("Madame Bovary")

A manera de introducción

PARA HABLAR SOBRE el género o la sexualidad, es difícil resistirnos a la tentación de recordar el fragmento anterior extraído de la novela *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert, principalmente porque la profundidad de su descripción en el sentir de la protagonista nos lleva a reflexionar sobre la configuración de los roles de género en diferentes épocas y lo que dicha configuración ha significado para mujeres y hombres. La situación toda en la que se desenvuelve Emma desde su infancia define, de alguna manera, la necesidad de ‘pensar’ en la diferencia sexual, como señala Luce Irigaray, como una preocupación (o una evidencia) que ha venido desarrollándose desde hace mucho tiempo. Este desencanto, esta inminente decepción (y desesperación) de Emma al dar a luz a una mujer, trae consigo el sentimiento de impotencia ante la certeza de continuar con un esquema de victimización y sometimiento. Asimismo, la percepción y la interpretación que Emma construye respecto a la

Culturales

personalidad masculina y femenina, y de igual forma respecto a las posibilidades de acción que tiene cada uno, posiblemente aún permean la visión de los individuos en cuanto a la diferencia de libertades y prácticas de hombres y mujeres.

Recordando a la protagonista de la citada novela y sus vicisitudes, podemos percibir que una buena parte de sus inquietudes e inconformidades provienen del tener que acatar las reglas que le han sido socialmente impuestas como mujer. Desde su nacimiento, Emma tendrá que vivir cotidianamente una vida de frustraciones (incluido el ejercicio de la sexualidad), bajo un esquema que para ella no tiene variación.

Con base en ello, por otro lado, la propuesta de Irigaray nos lleva también a preguntarnos qué significa, entonces, ‘pensar’ en la diferencia sexual, en qué sentido habremos de reflexionar sobre ella y cuáles son los factores sociales y culturales que intervienen en su desarrollo. Cavilar en lo que implica esta diferencia nos lleva a elaborar otras tantas preguntas. En este trabajo pretendemos acercarnos a una serie de reflexiones que suponemos forman parte de este dilucidar respecto a la diferenciación sexual y lo que ésta implica para los roles socialmente asignados a hombres y mujeres.

Básicamente, en el presente documento intentaremos desarrollar una reflexión en torno a la sexualidad y la vida cotidiana. Pretendemos relacionar estos factores con base en algunas propuestas teóricas elaboradas por Jeffrey Weeks, Agnes Heller, Pierre Bourdieu, Michel de Certeau y John Thompson, principalmente. Las perspectivas teóricas de estos autores son utilizadas para intentar reflexionar sobre la relación entre la construcción social-cultural de la sexualidad y las prácticas que en el ejercicio de lo sexual realizan los individuos en el marco de su vida cotidiana. Esto nos instala en la discusión relativa a la interacción entre el individuo y la estructura social y a las posibles transformaciones que, de acuerdo con esta relación, pueden darse en el terreno del ejercicio de la sexualidad.

Es muy importante resaltar que el presente documento no se trata de una revisión exhaustiva de los aspectos teóricos relacionados con la vida cotidiana, la sexualidad y el género; tampoco es una aproximación teórica contundente o concluyente acerca de dichos

El esquema cultural de género y sexualidad

temas. En todo caso, con este trabajo pretendemos realizar una primera exploración de las posibles líneas conceptuales y teóricas útiles, adecuadas o pertinentes para comprender y explicar el ejercicio de la sexualidad en el marco de la vida cotidiana.

Sexualidad y género. La construcción social de la subordinación femenina

Los seres humanos son, primordialmente, seres sexuados, y esta característica básica marcará toda su vida. Cada acto desarrollado en la existencia del individuo estará permeado por las conductas, interpretaciones y significaciones que le han sido señaladas, desde niño, según su sexo. Esta manera cotidiana de ser hombres y mujeres define una forma de *ser* y *estar* en el mundo, de hacerse de un lugar en un tiempo y contexto determinado por el que transitan los sujetos. Desde el nacimiento, los seres humanos libran la batalla de construir su espacio para *ser* en la realidad inmediata. Esta batalla sólo marca un punto de inicio, pero no existe una seña que marque el final. Esto es, en el día a día, en el contacto cotidiano con los otros individuos y también con los objetos que los rodean, los seres humanos van definiendo lo que son, y este ejercicio de identificación y afirmación del ser hombre o mujer se prolonga hasta la muerte.

Pero este ejercicio, evidentemente, no se realiza en soledad. Los individuos nacen y se desenvuelven en alguna sociedad o comunidad. Las personas se asoman al mundo en un tiempo y un espacio que comparten con otros sujetos, de tal manera que el ser *sexuado* individual es también un ser social (y, de igual forma, sexual). Entonces, tenemos que los seres humanos son hombres y mujeres, a lo largo de su vida, para sí mismos y para los otros. En este sentido, encontramos que lo sexual en los individuos no se limita a un parámetro únicamente biológico, físico o de la naturaleza en general; se trata también de una forma personal y social de *moverse* y *ser* dentro de ese cuerpo sexuado. Esta construcción social de la sexualidad no se detiene en ningún momento o lugar, es constante y cotidiana. Se vive diariamente en todas partes. Nadie escapa a ella y todos contribuyen

Culturales

(en diferentes niveles y bajo diversos mecanismos) a su desarrollo y complejidad.

En tal sentido, entendemos a la sexualidad como un constructo social, más que como una definición o una situación meramente biológica. Esto significa que, a partir de las características físicas con las que el individuo nace, se va ‘inventando’, social e históricamente, una forma de vivir y *ser* de acuerdo con esa conformación biológica. La sexualidad, por tanto, constituye una serie de “creencias, relaciones e identidades –históricamente conformadas y socialmente construidas–” (Weeks, 1998:182) relativas al cuerpo de los sujetos. Para Weeks y Caroline Vance, la sexualidad es más bien una cuestión de ‘imaginación’, inventiva, señalamientos y predeterminaciones que una conformación orgánica-biológica.¹

Esta urdimbre de concepciones y percepciones en torno a lo sexual se va desarrollando de manera paulatina en cada persona a lo largo de su vida. Al llegar al mundo, los individuos no sólo son portadores de un cuerpo sexuado; su destino también está íntimamente ligado a los lineamientos culturales que le asignan la sociedad, el lugar y el tiempo en que les tocó vivir y crecer. Bajo esta tesitura, la comprensión de la sexualidad (esto es, de todas aquellas disposiciones y significaciones que determinan lo que debe *ser* y *hacerse* con el cuerpo de hombres y mujeres) debe pensarse en relación directa al entorno social en que se desenvuelven los individuos y en función de las características culturales e históricas que establecen atribuciones y particularidades sobre el cuerpo sexuado (Weeks, 1998). Este planteamiento nos llevaría a la idea de que la sexualidad, lejos de constituir un terreno único, presenta variaciones y diversidades según el espacio y el tiempo en que se encuentren los individuos.

En la construcción social, histórica y cultural de la sexualidad existe un factor de radical importancia que permea las disposiciones que los individuos desarrollan al ejercer su sexualidad: el poder. Evidentemente, ha sido Michel Foucault (1999) quien,

¹ En esta visión sobre la sexualidad Weeks coincide con Caroline al expresar que “el órgano más importante de los seres humanos está entre las orejas, es decir, nuestra mente. La sexualidad involucra nuestras creencias, ideologías e imaginación, tanto como el cuerpo físico” (Weeks, 1998:177).

El esquema cultural de género y sexualidad

al reflexionar sobre la sexualidad como una ‘invención’ histórica, va delineando los perfiles de la forma en que se organiza, ‘reglamenta’ y condiciona la actividad sexual en determinados contextos y procesos históricos. Ello entraña que la sexualidad se entienda como un ejercicio que puede ser organizado y controlado. Sin embargo, no es precisamente el sentido del poder ‘represor’ (o de condena) que se ejerce sobre la sexualidad (como el que desarrolla la Iglesia Católica, por ejemplo) lo que llama la atención de Foucault, ya que para él dicha represión histórica es, digamos, bastante obvia. En sí, lo que interesa a Foucault (más allá de lo que él llama “hipótesis represiva”) es lo que se refiere a los discursos que se han elaborado a lo largo de la historia sobre la sexualidad, la manera en que ésta ha sido pensada y asumida, y también los individuos, los grupos o las instituciones que han impulsado determinados parámetros respecto a los ‘saberes’ de la sexualidad. Más allá de si la conducta sexual es reprimida o no,² Foucault intenta “determinar, en su funcionamiento y razones de ser, el régimen de poder-saber-placer que sostiene en nosotros el discurso sobre la sexualidad humana” (1999:18). En suma, Foucault habla de una “puesta en discurso” respecto a la sexualidad, en la que el interés prioritario se enfoca en qué se dice de la sexualidad, quiénes, cómo, dónde y por qué se estructura este discurso en torno a lo sexual, y, de igual forma, los canales o medios a través de los cuales la determinación de este poder del ‘saber global’ sobre la sexualidad llega hasta la percepción individual; esto es, a la conducta desarrollada por los sujetos en el terreno de lo sexual, a su vida cotidiana en concreto.

De alguna manera, aunque tal vez no en forma explícita, Foucault habla de un poder discursivo respecto a la sexualidad que llega hasta el pensamiento, a las interpretaciones de los sujetos, e influye directamente en su vida sexual diaria. El individuo asume un discurso general que se erige como base para concebir, pensar y ejercer las acciones de su cuerpo en torno a la sexualidad. En tal sentido, no se trata exclusivamente de una manifestación condenatoria, admonitoria, en contra de lo sexual,

² Aunque, evidentemente, Foucault no niega el dominio represivo hacia la sexualidad.

Culturales

sino de un mecanismo ‘subjetivo’ que se siembra en la percepción individual de los sujetos desde el inicio de su vida y se cosecha diariamente en su práctica cotidiana, en las acciones concretas u objetivadas en su realidad inmediata.

Los planteamientos de Foucault, pues, quedan insertos en la perspectiva de entender y explicar a la sexualidad como una construcción social, cultural e histórica. Sin embargo, el interés de Foucault se circunscribe, preferentemente, a plantear un esquema del poder y el saber respecto a la sexualidad, de manera general, de acuerdo con la visión occidental y sin asumir la diversidad en las manifestaciones sobre la sexualidad.³ Pareciera que su preocupación radica en demostrar la conformación del discurso ‘rector’ sobre el ejercicio de lo sexual, el cual define y estigmatiza lo que es lícito o ‘normal’ en las prácticas sexuales de los sujetos. No obstante, evidentemente los planteamientos de Foucault resultan fundamentales para intentar una primera introducción al estudio de la sexualidad.

Por su parte, Weeks, de alguna manera basándose en Foucault, desarrolla esta idea del poder y la reglamentación sexual, pero tomando en cuenta las diferencias en la forma en que el discurso que establece y controla la sexualidad es definido por los sujetos de acuerdo con el contexto y el proceso histórico en que se desenvuelven. Esto es, Weeks, en cierto sentido, complementa y enriquece la idea del poder sobre la sexualidad con la consideración de que esta reglamentación sexual no tiene la misma fuerza en todas las sociedades o épocas (Weeks, 2000). Con base en esta reflexión, Weeks complejiza aún más la idea del poder sobre la sexualidad, al considerarlo, no como un único modelo de control o de legitimación de la conducta sexual en los sujetos, sino como un conjunto de mecanismos complejos, yuxtapuestos y, frecuentemente, contradictorios “que producen la dominación y las oposiciones, la subordinación y las resis-

³ Un poco para abundar en este sentido, Weeks menciona que, “para Foucault, la sexualidad era una relación de elementos, una serie de prácticas y actividades que producen significados, un aparato social que tenía una historia, con raíces complejas en el pasado precristiano y cristiano, pero que logra una unidad conceptual moderna, con efectos diversos, pero sólo en el mundo moderno” (Weeks, 2000:27).

El esquema cultural de género y sexualidad

tencias” (Weeks, 2000:42). A la luz de este planteamiento, Weeks considera que hay tres ejes fundamentales como estructuras de dominación y subordinación de lo sexual: clase, género y raza.⁴ Es decir, plantea que a partir de estos tres factores se construyen formas, significaciones, interpretaciones y prácticas concretas para ejercer la sexualidad según el género, la clase social o la etnia a la que pertenezcan los sujetos. Esto lleva a una reflexión fundamental para nuestro trabajo, la de entender a la sexualidad como un *proceso* constante que se desarrolla (se ejerce) en y por los individuos, lo que, simultáneamente, los convierte en “objetos de cambio y sujetos de esos cambios” (Weeks, 2000:46).

Con ello, de alguna manera, Weeks considera que, al manifestarse la sexualidad como un proceso complejo, variado y diverso, el ejercicio de lo sexual presenta *transformaciones* tanto en su percepción como en las prácticas sexuales que desarrollan los

⁴ En este punto, nos parece útil mencionar que Weeks, dentro de su explicación de la sexualidad como construcción social e histórica, también propone cinco ‘áreas’ que participan en la ‘organización social de la sexualidad’: parentesco y sistemas familiares, organización social y económica, reglamentación social, intervenciones políticas y desarrollo de las “culturas de resistencia”. El *parentesco* y *sistemas familiares* se refiere, en cierta medida, a lo que ya Claude Lévi-Strauss (aunque Weeks no lo menciona) ha desarrollado ampliamente respecto a la organización o el control de los lazos parentales mediante el tabú del incesto como una especie de ‘ley universal’ que dictamina el ejercicio de la sexualidad humana. Sin embargo, en este primer factor en realidad a Weeks le interesa plantear que la familia perfila desde la infancia el sentido, la significación y la identidad sexual de los sujetos. La *organización económica y social* pretende explicar cómo la economía y el Estado organizan los esquemas familiares, laborales y sociales en los que se desenvuelven los individuos, lo que determina las condiciones mediante las cuales los sujetos ejercen y organizan su vida sexual. La *reglamentación social* alude a las prácticas cotidianas, a los ‘consensos’ morales o sociales, no ‘escritos’ pero sí introyectados y asumidos, que organizan el ejercicio de la sexualidad de los individuos. Las *intervenciones políticas* hacen referencia al clima político, a las fuerzas políticas que tienen la capacidad de tomar decisiones para estimular o controlar el ejercicio de la sexualidad (en cierta forma, aunque Weeks no lo explica así, esto puede relacionarse con la reglamentación jurídica o la determinación de políticas públicas respecto a la sexualidad). Por último, las *culturas de resistencia* toman en cuenta la organización de movimientos sociales (como el feminismo) o de grupos *gay* y *lesbianas*, que desarrollan una postura de oposición y resistencia a los ‘códigos morales’ (Weeks, 2000).

Culturales

individuos (elemento éste de la transformación que no resulta muy visible en Foucault). Si consideramos a la sexualidad como una construcción social, esto nos lleva a la idea de percibir un proceso continuo en el que los individuos no sólo son depositarios y ejecutores de órdenes y controles sobre la sexualidad, sino que también avizoran mecanismos de resistencia que los llevan a modificar las directrices socialmente impuestas de los roles sexuales. Cuando Weeks manifiesta que la sexualidad se erige socialmente, incluye también el planteamiento de que, por lo tanto, este ejercicio de lo sexual será tan diverso como organizaciones sociales existan, y, paralelamente, deja la puerta abierta para considerar que en el marco de estas sociedades distintas los individuos también desarrollan una vida compleja y variable que los enfrenta diariamente a las estipulaciones en el ejercicio de lo sexual pero que, a la vez, parece conferirles posibilidades de ‘alternar’ con el discurso imperante sobre sexualidad, de ‘horadar’ sus disposiciones... pero también (y tal vez en mayor medida) de reproducirlas y continuarlas.

Ahora bien, un aspecto fundamental de estas ‘construcciones sociales’ que determinan la forma en que los sujetos entienden y ejercen su *ser* sexuado se encuentra íntimamente relacionado (podríamos decir que casi desarrollan una especie de mimetismo, de fusión inevitable) con la definición y significación de lo que se entiende por ser hombre o mujer, y lo que ello implica. Esto quiere decir que el género al que pertenecen los sujetos rebasa la mera configuración biológica del sexo. Lo que cada sociedad o comunidad entiende que *es* un hombre o una mujer no se determina exclusivamente por lo biológico, sino que es a partir de las características físicas-sexuales que se conforma una significación *genérica* de lo que social y culturalmente se espera que haga, piense o exprese un hombre o una mujer. En tal sentido, desde su nacimiento, a los individuos se les asignan determinados roles y conductas de acuerdo con su sexo, que se han estructurado como pautas de comportamiento (y también de formas de pensar) según la ‘naturaleza’ de mujeres y hombres. Este ‘engaño’ del sexo ‘natural’ como el argumento que fundamenta la diferencia entre los sujetos por ser hombres o mujeres ha marcado una ruta de

El esquema cultural de género y sexualidad

desigualdad en la que los varones se erigen como los dominadores de la subordinación femenina.

De esta manera, el género (y la sexualidad) se entiende como una construcción social, cultural e histórica de los roles y conductas que se atribuyen a mujeres y hombres. En palabras de Marta Lamas (1999:84), el género se explica como “el conjunto de ideas, representaciones, prácticas y prescripciones sociales que una cultura desarrolla desde la diferencia anatómica entre los sexos para simbolizar y construir socialmente lo que es ‘propio’ de los hombres (lo masculino) y lo que es ‘propio’ de las mujeres (lo femenino)”.⁵ Una parte fundamental en esta asignación de lo que se manifiesta ‘naturalmente’ en varones y mujeres tiene que ver con su forma de ejercer lo sexual y con lo corporalmente ‘correcto’ o lícito en función del ser masculino o femenino. Aunque este planteamiento (que el comportamiento sexual está socialmente determinado) pueda parecer ahora más o menos obvio, lo cierto es que la idea del género como un proceso de construcción social-cultural es muy reciente. Desde los primeros estudios hechos en 1928 por Margaret Mead sobre el comportamiento de las y los adolescentes samoanos, la perspectiva de género empieza a vislumbrarse para explicar que hombres y mujeres se desarrollan como tales no tanto por su conformación biológica como por el comportamiento que la sociedad en que viven determina y, a la vez, reclama.⁶ Con ese trabajo, *Adolescencia y cultura en Samoa*, aunque parte, en realidad, de un interés por analizar o dilucidar si los problemas de la adolescencia son más consecuencia de una cultura determinada que de características psicológicas ‘propias’ del desarrollo humano, Mead empieza a dar los primeros pasos en la cons-

⁵ Otro concepto sobre género que podemos retomar es el de Carmen Ramos Escandón (1999:137), quien entiende al género como el “proceso de producción de normas culturales sobre el comportamiento de los hombres y las mujeres en su interacción en las instituciones culturales, sociales, políticas y religiosas”.

⁶ Por supuesto, cabe también mencionar *Sexo y temperamento en tres sociedades primitivas*, investigación hecha en 1947 por Mead en tres pueblos de Nueva Guinea (arapesh, mundugumor y tchambuli) respecto a las determinaciones culturales que configuran el temperamento humano. En esta investigación el interés de Mead es describir la diferencia entre los sexos según el papel que se les ha asignado socialmente.

Culturales

trucción de la perspectiva de género, al concluir que la conformación de la vida sexual de los adolescentes samoanos está configurada por los patrones culturales de su contexto, más allá de los cambios físicos-sexuales que se presentan a esa edad.⁷

El género, pues, como la sexualidad, se encuentran inmersos en un mismo proceso de construcción-codificación, ya que, al parecer, lo primero nos lleva a lo segundo, y viceversa, en una relación dialéctica de contacto y conexión mutuos y constantes. *Ser* mujer u hombre entraña una parte primordial en la que se define qué deben hacer los varones y las mujeres con su sexualidad, cómo deben conducir y tratar su cuerpo sexuado, de manera personal y en relación con los demás o públicamente. Esta definición *genérica-sexual* de lo socialmente estipulado para hombres y mujeres ha determinado una posición desigual para los sujetos, en la que los hombres constituyen la población dominante y las mujeres sus subordinadas. Y este desempeño desequilibrado de los roles se extiende a todos los órdenes y resquicios de la vida cotidiana de los sujetos, lo que incluye, por supuesto, su vida sexual.

Pierre Bourdieu (2000) señala que las configuraciones sociales de lo masculino y femenino se reproducen de acuerdo con un mecanismo profundamente introyectado en la acción social y de origen simbólico basado en una especie de 'ordenamiento' del mundo, que implica pensar la realidad según 'grupos homólogos' de relaciones complementarias y dicotómicas: alto/bajo, arriba/abajo, derecha/izquierda, hombre/mujer. Los cuerpos actúan como recipientes de estas oposiciones y crean una serie de división de actividades y roles con base en la diferencia

⁷ Resulta curioso observar que, en la mayoría de los textos, investigaciones o trabajos académicos que se refieren a la perspectiva de género, el trabajo de Mead no es mencionado, o, si lo es, se alude a él más como un trabajo meramente antropológico y no tanto respecto a sus posibilidades explicativas o analíticas de la construcción social-cultural del ejercicio de la sexualidad. Ciertamente, la investigación de Mead es fundamentalmente descriptiva y etnográfica, pero una parte de sus conclusiones debieron considerarse muy importantes para su época, básicamente en lo que atañe a las emociones y su relación con los móviles de la conducta sexual de los adolescentes, al definirlos más como un constructo social-cultural que como prescripciones de la naturaleza. De hecho, en términos muy elementales, esta definición sería la base teórica de la perspectiva de género.

El esquema cultural de género y sexualidad

sexual biológica, lo que lleva a construir la idea de que estas divergencias pertenecen al orden de lo 'natural'. Si bien Bourdieu no instala estos planteamientos en una nomenclatura de 'género', su explicación fundamenta la organización de sociedades androcéntricas basadas en la preponderancia y dominio del varón sobre la mujer, reflexión que de alguna manera sustenta, a su vez, la perspectiva de género. De acuerdo con Bourdieu, las relaciones hombre/mujer tienen como punto medular la práctica de la dominación masculina sobre la población femenina ("dos esencias sociales jerarquizadas"). Dominación que se interioriza y asimila de manera inconsciente para asumir la condición de subordinación de las mujeres frente a los varones como una forma de vida dispuesta naturalmente cuya variación resulta incomprendible. Esto es lo que Bourdieu denomina la "larga historia parcialmente inmóvil del inconsciente androcéntrico" (2000:128). Más adelante retomaremos este planteamiento.

Si en algo coinciden los estudiosos de la sexualidad y el género es justamente en esta estructura de dominación del varón sobre la mujer, como una especie de lenguaje común o codificación generalizada (en diferente proporción, nivel o características) en la mayor parte de las sociedades. Pareciera que, así como Lévi-Strauss planteó la prohibición del incesto como un mecanismo articulador u organizativo de las relaciones de parentesco y, con ello, como la base de la configuración familiar y social de los pueblos, la conformación del género de acuerdo con la relación dominación masculina-subordinación femenina es también una especie de 'ley universal' para las diversas sociedades. En tal sentido, de igual forma, los estudios de género y sexualidad señalan que las construcciones simbólicas de los roles desempeñados por mujeres y hombres son disposiciones que los individuos aprenden y asimilan a lo largo de su vida, aceptándolas como forma natural o 'normal' de vivir su sexualidad. Bajo esta perspectiva, encontramos que para entender los mecanismos mediante los cuales las personas desarrollan este proceso de introyección de las pautas sobre el género y la sexualidad es necesario asomarnos a la conformación de la realidad inmediata en que se desenvuelven los sujetos, explorar y entender la densa urdimbre de experiencias a las que diariamente se

Culturales

enfrentan los individuos y que van construyendo su manera de percibir y ejercer su sexualidad según las pautas de género que han aprendido cotidianamente desde su nacimiento.

*De la vida cotidiana y el ejercicio de la sexualidad.
Estructura social y práctica individual (o, cuando
despertamos, el esquema de la sexualidad todavía estaba allí)*

La conformación de los estudios sobre la vida cotidiana de alguna manera evidencian las inquietudes de los investigadores por entender y explicarse el comportamiento de los sujetos, pero sin caer en los bajos fondos de la mera especulación. Para ello ha sido necesario elaborar una serie de planteamientos teóricos que intentan acercarnos al análisis y posibles explicaciones de cómo los individuos piensan y actúan diariamente en su entorno, así como la manera en que los sujetos han sido ‘moldeados’ por el contexto (y el tiempo histórico) en que les ha tocado vivir, y, a la vez, en qué forma ese entorno es ‘creado’ o caracterizado por los individuos que lo habitan. A la luz de este planteamiento, nos permitimos reflexionar sobre las concepciones teóricas de la vida cotidiana como ejercicios explicativos contradictorios e inquietantes. Ello porque, en parte, pretenden realizar una labor más o menos complicada, ya que intentan analizar y dar respuestas (‘científicas’) a procesos con frecuencia inaprensibles, subrepticios, velados o sigilosos, los cuales, paradójicamente, podrían resultar muy simples debido a que se trata de entender la ejecución de los comportamientos y actividades comunes de los sujetos en su diario vivir. Esto es, la vida cotidiana constituye las acciones y prácticas que los individuos realizan en su entorno inmediato y que, a su vez, configuran y caracterizan a una sociedad específica. En estos términos, vislumbramos que el estudio de la vida cotidiana en realidad abarca dos aspectos: las acciones particulares de los individuos (digamos, un nivel micro) y la edificación de una estructura social determinada (nivel macro). En tal sentido, lo que podemos encontrar en medio de esos dos niveles es justamente el contacto diario que tienen los individuos con ese mundo inmediato, la

El esquema cultural de género y sexualidad

forma en que lo han interiorizado y cómo construyen la realidad en ese espacio.

Al pensar la vida cotidiana como una relación compleja y dialéctica entre los individuos y la estructura social, podemos reflexionar que dicha cotidianidad no es inamovible. La sola perspectiva de que individuo y sociedad se encuentren *interrelacionados* nos remite a una idea de *proceso y movimiento*. Y en la conjunción de estos factores anidan las posibilidades de que esa vida cotidiana tenga variaciones... o viceversa, que las transformaciones aparentes, en realidad, no lo sean tanto. La sexualidad es uno de los múltiples factores que revelan esta dualidad que construye lo cotidiano: el individuo y la sociedad. Siendo la sexualidad una práctica 'personal', es delineada por una serie de métodos y parámetros de conducta que el individuo aprende 'en comunidad'. Desde su nacimiento, a las personas se les 'socializa' de acuerdo con las pautas que ya han sido trazadas de antemano, asimiladas en una especie de 'inconsciente colectivo' predeterminado bajo el que socialmente los individuos actúan en su vida diaria. En función de su sexo, a cada sujeto se le han designado las acciones que deben regir su vida tanto en el nivel privado como en el público, lo que incluye, claro está, la práctica sexual. "Infancia es destino", manifestó hace muchos años el psicólogo Santiago Ramírez, y a esta expresión podríamos añadir que, bajo la construcción social del género, sexo también es parte de ese destino, porque al amparo de su construcción físico-biológica se estructura el futuro 'natural' de las personas. Sin embargo, al llegar a este punto surge la duda respecto a si los individuos no tendrán la posibilidad de tomar ese destino más bajo sus propias riendas personales que según la ruta socialmente trazada. La sexualidad en (y como parte de) la vida cotidiana constituye el medio para acercarnos a esos dos ámbitos de la subjetividad personal y de lo socialmente determinado.

Existen diversas posturas teóricas respecto al análisis de la vida cotidiana. Para efectos de este trabajo, consideramos importante remitirnos especialmente a lo manifestado por Heller, De Certeau y Bourdieu, cuyos planteamientos constituyen las herramientas más adecuadas para entender la sexualidad en la

Culturales

vida cotidiana y sus posibles transformaciones. Según Heller, la vida cotidiana “es el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción de los hombres particulares, los cuales, a su vez, crean la posibilidad de la reproducción social” (1994:19). Esto nos remite a la idea de que la sociedad produce un cúmulo de prácticas, interpretaciones y significaciones que son aprendidas e introyectadas por los individuos y que rigen o moldean sus acciones en el contexto donde habitan. “A este proceso se le llama apropiación (Heller), interiorización (Berger y Luckmann) o dramatización (Goffman); no es natural sino social y se considera al ser humano como el único ser viviente capaz de producir cultura y distanciarse de su situación natural original” (Piña Osorio, 1998:40).

Por otro lado, para Peter Berger y Thomas Luckmann la vida cotidiana “se presenta como una realidad interpretada por los hombres y que para ellos tiene el significado subjetivo de un mundo coherente” (1968:36). Esto lleva a los sujetos a efectuar un proceso dialéctico de inserción o reconocimiento de su realidad inmediata que se da en ‘tres momentos’ de manera simultánea: externalización, objetivación e internalización (1968:164). A través de esta dialéctica, de alguna manera se activa también, desde su nacimiento, un mecanismo de socialización e institucionalización. Según Heller, un individuo que nace en una sociedad ‘concreta’, con sistemas e instituciones también concretas, debe desarrollar un proceso de apropiación de “los sistemas de usos y de los sistemas de expectativas [...] en una época determinada en el ámbito de un estrato social dado” (1994:21). En tal sentido, pertenecer a un contexto, a un tiempo determinado (y podríamos agregar: a un sexo específico), se verá expresado a través de la vida cotidiana de las personas y en todo aquello que atañe a la construcción de los géneros, y la sexualidad tiene un papel importante en tal apropiación. Por ello, el concepto de Heller nos resulta especialmente práctico para entender el ejercicio de lo sexual en la vida cotidiana, ya que su perspectiva se basa en la apreciación del contexto y del proceso histórico de los individuos como elementos que se encuentran integrados a las acciones y a la realidad inmediata, por lo que, en consecuencia, son también parte de la ‘apropiación’ que hom-

El esquema cultural de género y sexualidad

bres y mujeres hacen de los aspectos diversos que confluyen en su vida cotidiana.

Aunque Bourdieu no desarrolla propiamente un concepto de vida cotidiana, sin embargo, cuando plantea sus ya famosos conceptos de *campo* y *habitus*, en realidad parece retomar, en cierta medida, la apreciación de Heller respecto a que los sujetos se ‘apropian’ de ‘sistemas de uso’ que los llevarán a ‘reproducir’ una serie de actividades y prácticas bajo las que han sido socializados, lo que, de nueva cuenta, reconfigurará ese mismo ‘sistema’. Para Bourdieu (1990), la vida y la actividad social se desarrolla en *campos* (que aluden a ‘esferas’ en las que se demarcan ámbitos diversos: político, religioso, educativo, etcétera). Estos campos se configuran en espacios sociales en los que confluyen y se relacionan instituciones e individuos. Dichas relaciones (en las que median conflictos de poder) se estructuran mediante una dinámica de producción y consumo de los *productos* culturales-simbólicos que circulan en los diversos campos. Es importante mencionar que estos campos no se desarrollan aislados, que tienen relación entre sí; es decir, los individuos y las instituciones pueden transitar e identificarse con una variedad de campos distintos. Esta circulación entre los campos se encuentra ligada a la concepción del *habitus*, entendido éste (citando la ya clásica definición que Bourdieu establece en *La razón práctica*) como “sistemas de disposiciones durables y transponibles, estructuras predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes”. Esto significa que el *habitus* constituye el cúmulo de prácticas cotidianas, aprendidas socialmente (introyectadas), que al transmitirse y reproducirse influyen, definen y determinan (por eso son ‘estructurantes’) las acciones y decisiones de los individuos en su entorno. En tal sentido, la dinámica de los campos estará permeada por la coherencia que le pueda proporcionar la conformación subjetiva y práctica que entraña la estructuración del *habitus*.

Como señalábamos, de alguna manera Bourdieu y Heller parecen compartir una estructura básica en la conformación de sus conceptos (finalmente, los dos proceden de la tradición marxista). En Bourdieu, la idea de la internalización del *habitus* es

Culturales

similar a lo que Heller denomina “apropiación” de las instituciones y de los sistemas que socialmente determinan las prácticas de los individuos. Ambos parten de la idea de que los sujetos llegan a un mundo en el que ya se encuentran predeterminadas las líneas de pensamiento y acción que desarrollarán a lo largo de su vida. En Heller, la apropiación de las rutas socialmente trazadas entraña para los sujetos un proceso de aprendizaje continuo, permanente e inconcluso. Este aprendizaje constante se objetiva en la realidad con la ‘reproducción’ de las prácticas aprendidas y ejecutadas. Y este mecanismo de reproducción es lo que para Heller hace ser y representa a la vida cotidiana de las personas, la conformación de un mundo concreto e inmediato mediante la reproducción social en un contexto y en un momento histórico determinados. Esta idea de la reproducción también alude a que los individuos son conformados por los sistemas de uso establecidos y a que, a la vez, mediante el aprendizaje cotidiano, los sujetos también construyen esa estructura de prácticas establecidas: “en la vida cotidiana la actividad con la que ‘formamos el mundo’ y aquella con la que ‘nos formamos a nosotros mismos’ coinciden” (Heller, 1994:26). De alguna manera, este planteamiento nos recuerda la perspectiva de Bourdieu cuando habla de las “estructuras estructurantes para ser estructuradas” que conforman el *habitus* de los individuos, el cual los estructura y, a su vez, los sujetos estructuran. En tal sentido, Heller y Bourdieu parecen compartir una apreciación más o menos similar en torno a la vida cotidiana, entendiéndola como espacio, sistema o estructura que se reproduce colectivamente, sumando las prácticas individuales desarrolladas bajo parámetros predeterminados.

Para Emma León (1999), esta concepción de la vida cotidiana (de Heller y Bourdieu) como mecanismo de la reproducción es una forma de explicar y entender las acciones de los individuos como meros procesos de *continuidad*, que aluden más a la permanencia que al movimiento o las transformaciones de las prácticas individuales y las estructuras.⁸ De acuerdo

⁸ El trabajo de Emma León es sumamente enriquecedor. Constituye una aportación interesante y lúcida a la comprensión de algunas teorías sobre la vida cotidiana (al menos, las desarrolladas por Heller, Bourdieu y Habermas).

El esquema cultural de género y sexualidad

con León, tanto Heller como Bourdieu interpretan a la vida cotidiana ‘desde dentro’ del sistema de reproducción al que aluden; es decir, más en función del rigor o la fuerza que pueda tener la estructura social (el nivel macro), en su entramado de predeterminaciones, que teniendo en cuenta las prácticas de los individuos (nivel micro). Esto significa que los sujetos estarían bajo el yugo de una reproducción continuada y permanente de las pautas predeterminadas de acción, sin *grandes* oportunidades concretas para transformar sus prácticas y horadar las disposiciones internalizadas de la estructura social.⁹ Es decir, la idea de la reproducción no es estática, pero parecería referirse a un movimiento giratorio en el que se pasa siempre por los mismos lugares sin avanzar en realidad, como dando vueltas alrededor de una noria.

Por otro lado, en relación a este aspecto, Néstor García Canclini (1990) manifiesta que Bourdieu realmente no olvida las posibilidades de transformación en las prácticas de los sujetos, sino que en el sociólogo francés es más importante la explicación de la conformación del *habitus* en términos, preferentemente, de procesos de reproducción, por lo que “no distingue entre las *prácticas* (como ejecución o reinterpretación del *habitus*) y la *praxis* (transformación de la conducta para la transformación de las estructuras objetivas)” (1990:36). Es decir, no se aborda teóricamente el desarrollo de los cambios en el *habitus*, pero,

⁹ Éste es un punto aparentemente ‘sensible’ en los planteamientos teóricos de Bourdieu sobre el *habitus*. Al parecer, diversos estudiosos del tema han cuestionado que Bourdieu no explique los procesos de cambio en las sociedades. De acuerdo con esas perspectivas, el concepto de *habitus* no proporciona un lugar a los cambios y se definiría como herramienta teórica para argumentar procesos de continuidad y no de cambio. En nuestro caso, no nos parece que Bourdieu ignore *del todo* el tema de la transformación, sino que su explicación se concentra en la manera en que el individuo y la estructura se construyen y se alimentan mutuamente, pero también asume que hay un proceso histórico en el marco de esa relación, por lo que los factores o elementos diversos que se circunscriben o que se presentan en dicho proceso llevarían al encuentro de disposiciones y posibilidades de acción diferentes a las ya establecidas, lo que induciría a repensar o recodificar los parámetros de acción anteriormente trazados e internalizados. No obstante, ciertamente, el espacio para hablar de las transformaciones no es precisamente amplio o profundo en el discurso de Bourdieu, pero tampoco es del todo inexistente.

Culturales

de alguna manera, el planteamiento de Bourdieu entraña una perspectiva dialéctica, por lo que deja la puerta abierta a la posibilidad de movimiento o variación, y no solamente de continuidad a partir de la simple reproducción.

Justamente, en su trabajo sobre la dominación masculina, Bourdieu plantea desde los primeros renglones que su exposición abordará “*explícitamente* el tema, obsesivamente evocado por la mayoría de los analistas (y de mis críticos), de la permanencia o del cambio (realizados o deseados) del orden sexual” (2000:7). En tal sentido, a lo largo de su texto Bourdieu asume que la transformación en los roles de género ha sido posible, pero *relativamente* o de forma *engañosa*. En todo caso, a Bourdieu le interesan los ‘cambios’ en los roles de género que se hayan podido dar en la estructura y las instituciones (familia, iglesia, escuela), y no tanto en los que puedan elaborarse a nivel individual, digamos, en el ambiente cotidiano o doméstico. Para Bourdieu, las instituciones son las que impulsarían el mecanismo de la permanencia en los roles de género (“la eternización de lo arbitrario”) y las que llevarían a esta visión de las *posibles* transformaciones en las prácticas de los papeles desempeñados por hombres y mujeres como una especie de *paliativos* que desarrollan los individuos, en sus prácticas y realidad inmediata, ante el ejercicio del poder de género a nivel estructural. Respecto a la dominación masculina, Bourdieu habla de una estructura (instituciones) y unos individuos que están inmersos en un proceso histórico, es decir, que se mueven hacia posibles transformaciones, pero que la estructura institucional de alguna manera detiene ese movimiento de cambio para reafirmar el poder del varón sobre las mujeres, esto es, “la larga historia parcialmente inmóvil del inconsciente androcéntrico” (2000:128). Una historia que se mueve, pero que a la vez se detiene o llega siempre al mismo lugar.

Para abundar en esta explicación, consideramos que hace falta un elemento fundamental que dé cabida a las especificidades de la sociedad en cuestión y de los individuos que la conforman. Y es aquí donde la cultura entra en escena para también, de alguna manera, problematizar aún más esta dualidad del individuo y lo social-estructural.

El esquema cultural de género y sexualidad

De acuerdo con Clifford Geertz, la cultura no puede ser la explicación del ‘todo’; sólo puede explicar una parte de la vida social: la parte simbólica. En tal caso, la cultura se constituiría como un entramado de significaciones cuyo análisis derivaría en interpretaciones de “expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie” (1990:20). Al insertar el elemento simbólico, la sociedad en la que el individuo se desenvuelve adquiere sentido y significación particulares. A pesar de las posibles separaciones, existe un hilo conductor de significación que parece empeñarse en unir la estructura social con la cultura. El individuo interioriza una serie de factores simbólicos que lo ayudan a transitar por su realidad social específica. Este proceso de reconocimiento del individuo carece de sentido en tanto dejemos de lado el cúmulo de significaciones que este sujeto posee, las mismas significaciones que le dan sentido a su vida en sociedad.

Conforme a Thompson (2002:197), la cultura es “el patrón de significados incorporados a las formas simbólicas –entre las que se incluyen acciones, enunciados y objetos significativos de diversos tipos– en virtud de los cuales los individuos se comunican entre sí y comparten sus experiencias, concepciones y creencias”.¹⁰ Y, también, estas expresiones significativas diversas que constituyen la cultura se encuentran relacionadas con “los contextos y procesos históricamente específicos y estructurados socialmente en los cuales, y por medio de los cuales, se producen, transmiten y reciben tales formas simbólicas” (2002:203). Esto es, la cultura se constituye a partir de la producción y transmisión de formas simbólicas contextualizadas en un tiempo y un espacio determinados. Además, siguiendo a Thompson, los fenómenos que atañen a la cultura también manifiestan relaciones de poder, ya que se desarrollan en situaciones específicas bajo las cuales son interpretados de manera diversa y múltiple

¹⁰ Quizá sea pertinente añadir que Thompson denomina *estructural* a este concepto de cultura y que, a su vez, distingue cinco características de las formas simbólicas producidas en la cultura: intencional, convencional, estructural, referencial y contextual. Estos cinco rasgos, según Thompson, se encuentran inmersos en la construcción de las formas simbólicas. Por otro lado, su idea de lo que son las *formas simbólicas* se constituye en un “amplio campo de fenómenos significativos, desde las acciones, gestos y rituales, hasta los enunciados, los textos, los programas de televisión y las obras de arte” (2002:205).

Culturales

por los sujetos en su vida cotidiana. En tal sentido, la concepción de Thompson nos ayuda a entender la cultura como una producción simbólica cuyas formas se perciben y se intercambian en determinados contextos sociales, histórico-temporales, y que también se encuentran sujetas a relaciones de poder y conflicto.

En tal sentido, podríamos entender el género y la sexualidad como formas simbólicas contextualizadas. Las construcciones sociales y culturales reproducidas en función de la diferencia sexual quedan insertas en una dinámica compleja que se circunscribe en las variaciones de un tiempo y un espacio determinados. Así, los roles sociales que deben desempeñar hombres y mujeres en diferentes contextos, momentos y procesos históricos están estructurados para ser interiorizados y para conducir y regular su vida cotidiana como miembros integrados a su espacio y sociedad. Hombres y mujeres, en tanto portadores de cuerpos sexuados, ejercen los roles y acciones que les han sido asignados de acuerdo con significaciones y construcciones sociales en las que se entretajan las experiencias de los individuos, las particularidades del contexto en que se desenvuelven, así como los sistemas de poder que regulan o determinan la forma como se viven y se interpretan cotidianamente las conductas destinadas para los sujetos según su sexo.

Retomando a Thompson (2002), las formas simbólicas son producidas pero también *consumidas*, esto es, percibidas e interpretadas por receptores o decodificadores de los significados de esas formas simbólicas.¹¹ Sin embargo, siguiendo a Thompson, este proceso de recepción no ocurre de manera mecánica o pasiva. Ello, en el sentido de que, así como la producción de las formas simbólicas se realiza en un tiempo y lugar determinados (contexto sociohistórico), en igual medida los procesos de recepción de esas formas los llevan a cabo individuos que se encuentran en un espacio y momento específicos, y que,

¹¹ En este punto quizá sea importante manifestar que Thompson desarrolla sus conceptos fundamentalmente en el marco de los fenómenos de comunicación. Sin embargo, consideramos que sus planteamientos teóricos pueden ser 'transportados' a la perspectiva que aquí intentamos plantear en función de la vida cotidiana y la sexualidad.

El esquema cultural de género y sexualidad

por lo tanto, realizarán su recepción en función de su propio contexto. Es así como el *intérprete* de las formas simbólicas es un receptor activo que dará un “*sentido* activo y creador” a estas simbolizaciones (Thompson, 2002). Curiosamente, este aspecto del receptor activo en apariencia aleja a Thompson de Bourdieu, ya que éste enfatiza más el carácter de reproducción y continuidad de esas formas simbólicas, que al parecer se insertan en la decodificación de un receptor más bien pasivo y continuador de lo marcado por la estructura. Encontramos que, en cierto sentido, Thompson intenta ‘acercarse’ a Bourdieu, cuando daba la impresión de dejarlo, ya que también manifiesta que, “al recibir e interpretar las formas simbólicas, los individuos participan en un proceso permanente de constitución-reconstitución del significado, y este proceso es típicamente parte de lo que puede llamarse *la reproducción simbólica de los contextos sociales*” (2002:228). Sin embargo, lo que en parte nos interesa de Thompson es, precisamente, esta idea del receptor activo que resignifica las formas simbólicas de acuerdo con su contexto.¹²

Ahora bien, al llegar a este punto consideramos importante volver a nuestros primeros planteamientos respecto a la vida cotidiana y tratar de relacionarlo con lo anterior. Según De Certeau, el ejercicio de la vida cotidiana rebasa la idea de la reproducción o la continuidad de lo establecido por la estructura social, en el sentido de que las prácticas de los individuos pueden ser variables, diversas y ‘creativas’ en función de sus “*maneras de emplear* los productos impuestos por el orden económico dominante” (2000:XLIII). Esto significa que tanto De Certeau como Thompson (y Martín-Barbero) consideran a los individuos como *practicantes* activos de las formas simbólicas impuestas, lo que llevaría a que la continuidad de lo socialmente impuesto por la estructura presentara variaciones de acuerdo con las reinterpretaciones de los sujetos y sus formas de actuar

¹² Tal vez sea pertinente señalar que cuando Thompson habla de un receptor activo en cierta medida está aludiendo a un planteamiento similar desarrollado por Jesús Martín-Barbero denominado *mediaciones*, que se refiere, en términos muy generales, a la forma en que los receptores ‘reorganizan’ el mensaje recibido en función de una serie de elementos que atañen a su entorno.

Culturales

en consecuencia. Para De Certeau, “lo cotidiano se inventa con mil maneras de *cazar furtivamente*” (2000:XLII). Esta expresión es interesante ya que delinea, en general, la percepción de De Certeau respecto a la actitud de los sujetos frente a sus prácticas cotidianas, al enfrentamiento entre sus decisiones ante la percepción de las formas simbólicas y lo socialmente designado por la estructura. En De Certeau, las pequeñas prácticas cotidianas llevan a los sujetos a tener que decidir por *sí mismos*, y no tanto siguiendo lo estructuralmente conformado. En este sentido, la continuidad y reproducción a la que aluden Bourdieu y Heller presentaría variaciones, transformaciones, según la manera en que los sujetos deben sortear los señalamientos estructurales conforme a sus propias necesidades cotidianas (deben aprender a *cazar furtivamente* en la *cotidianidad selvática* para sobrevivir en ella). Estas pequeñas formas de actuar, no mediante un inconsciente colectivo sino a través de una visión propia, llevarían a la virtual transformación de las prácticas... aunque la estructura mantenga sus propias directrices.

La visión de De Certeau, en cierta medida, coincide con lo señalado por Sherry Ortner (1990), quien plantea la existencia de una línea intermedia entre individuo y estructura, a la que llama “postura interna/externa”,¹³ en la cual los sujetos sí actúan bajo esquemas de acción culturalmente delineados, aunque, a la vez, estas directrices prácticas no necesariamente tienen un significado profundo y totalmente motivador para los individuos. Esto es, los sujetos invocan el esquema cultural cuando así lo consideran, pero también actúan de acuerdo con su propia reflexión personal y albedrío. Bajo esta perspectiva, Ortner, en cierta medida, ‘flexibiliza’ o ‘suaviza’ el modelo de rigidez cultural, porque, por un lado, acepta que existe un sistema cultural rector (pero también una forma de actuar totalmente individual), y por otro, intenta perfilar una tercera *zona de tolerancia intermedia* entre las pautas culturales y la acción autónoma de los sujetos. Para Ortner, esto significa, en cierta medida, una forma de *sobrevivencia* para los sujetos al interior

¹³ Que, nosotros sugerimos, sería una especie de ‘mezcla’ o ‘fusión’ de lo que León (1999) denomina explicar la vida cotidiana ‘desde dentro’ (las prácticas y motivaciones de los individuos) y ‘desde fuera’ (el esquema cultural dominante).

El esquema cultural de género y sexualidad

del esquema rígido-cultural. Sin embargo, en este sentido tal vez podríamos reflexionar que no necesariamente la posición intermedia lleva a una transformación en la percepción de las formas simbólicas. También podríamos pensar, en tal caso, que las supuestas transformaciones en realidad se perfilan como 'variantes' de una misma estructura (la estructura patriarcal para el caso que nos ocupa del ejercicio de la sexualidad) y que, de alguna forma, en lugar de cambiar, paradójicamente, consolidan un modelo cultural. La aparente flexibilización del esquema, esto es, esta visión 'acomodaticia' del esquema cultural, que según Ortner significaría una especie de 'aligeramiento' de la carga cultural impuesta por el mismo esquema, en realidad tendría una función contraria: como una validación del modelo rígido, y de esta manera funcionaría también como mecanismo reproductor de ese mismo esquema... sin cambiarlo realmente.

Para Heller (a pesar de que su perspectiva teórica parece enfocarse más en la continuidad o permanencia de lo que los individuos 'internalizan' de la estructura que en las transformaciones), en la vida cotidiana se pueden dar procesos de continuidad, de conservación o de retroceso, por lo que puede llegar a jugar, digamos, un 'doble' papel en las transformaciones a nivel de la estructura social. La vida cotidiana puede ser 'espejo' (una proyección o un reflejo) de lo que ocurre en un periodo histórico, y también puede ser 'fermento secreto de la historia', al realizarse o cultivarse en la vida cotidiana los cambios que posteriormente serán visibles en el terreno macrosocial (Muñoz, 1994). Según la perspectiva de Heller, estas transformaciones que se hacen evidentes en un nivel estructural podemos entenderlas a partir de la relación que existe entre los individuos y la situación o el contexto social en que se ubican. Esta relación se encuentra mediada por diversos elementos y procesos. De esta manera, por una parte, los individuos se consideran ejecutantes de una práctica social predeterminada (como puede ser el ejercicio de la sexualidad dentro de los roles de género, esto es, bajo un esquema de dominación masculina-subordinación femenina), y por otra, no debe perderse de vista la situación social que estructura las acciones o las prácticas de los sujetos. Sin embargo, es quizá en el terreno de las prácticas, cuando

Culturales

estas prácticas adquieren nuevos valores y significados, donde pueden desarrollarse transformaciones.¹⁴

Sin embargo, de acuerdo con Bourdieu, en el terreno de las relaciones de género existe una constante que alude a la permanencia de la dominación masculina y, por consiguiente, de la subordinación femenina. Bourdieu manifiesta que es necesario llevar a cabo un análisis que permita

...reconstruir la historia del trabajo histórico de *deshistorización* o, si se prefiere, la historia de la (re)creación continuada de las estructuras objetivas y subjetivas de la dominación masculina que se está realizando permanentemente, desde que existen hombres y mujeres, y a través de la cual el orden masculino se ve reproducido de época en época (2000:105).

Conforme a estos planteamientos, podemos reflexionar que para Bourdieu la *cacería furtiva* a la que alude De Certeau no parece significar que la estructura del *habitus* de la dominación masculina pueda ser socavada, al menos no de manera importante o a ‘gran escala’. De hecho, Bourdieu critica, de alguna forma, que la mayor parte de las feministas consideren ‘adelantos’ en su lucha de reivindicación de los derechos de la mujer la igualdad y la demanda de mayor cooperación del varón, el que los hombres se vuelvan más ‘participativos’ en las labores domésticas. Para Bourdieu, la participación doméstica de los varones no significa una ‘transformación’ que logra horadar la verdadera gran dominación masculina que se gesta desde la estructura. Es decir, no existe en realidad una auténtica transformación en la *introyección macro* de la percepción e interpre-

¹⁴ Lo anterior se inserta, de alguna manera, en el marco teórico que desarrolla Marshall Sahlins (1988) para explicar los cambios en la sociedad hawaiana, considerando dos aspectos aparentemente contradictorios: la estructura y la historia. Para Sahlins es posible una combinación o síntesis entre estructura e historia mediante “la acción simbólica”, es decir, mediante la cultura. “[...] la cultura funciona como síntesis de la estabilidad y el cambio, el pasado y el presente, la diacronía y la sincronía [...] Todo cambio práctico es además una reproducción cultural. Toda reproducción cultural es una alteración, en tanto que en la acción las categorías por las cuales se orquesta el mundo presente recoge[n] cierto contenido empírico nuevo” (1988:135).

El esquema cultural de género y sexualidad

tación de los roles de género. Digamos que Bourdieu demanda que las transformaciones sean ‘en serio’ y no en el plano de las pequeñas prácticas intramuros del hogar.

En este punto nos parece importante retomar el trabajo de Ana Amuchástegui (1995) respecto a la percepción de la virginidad en hombres y mujeres de diferentes zonas urbanas, rurales e indígenas. Amuchástegui habla de que en sus entrevistados existe una relación ambigua entre “discursos morales dominantes sobre la sexualidad y *saberes alternativos, subyugados, prácticos*” (1995:145) (las cursivas son nuestras). Un punto interesante en su explicación es que menciona que ambos discursos sobre la sexualidad (el dominante y el ‘práctico’ que lo contraviene, es decir, el subyugado) no mantienen una relación de oposición o lucha, “sino de ambigüedad y tolerancia. Es decir, estos discursos parecen coexistir sin chocar realmente o eliminarse mutuamente” (1995:147). También manifiesta que en el proceso en que se dan ambos discursos los individuos parecen moverse entre los dos con bastante libertad. Para Amuchástegui, el único ‘puente’ que logra trazar entre un discurso y otro es la expresión de la ‘culpa’ en sus entrevistados: las mujeres se sienten culpables por no haber preservado su virginidad hasta el matrimonio y los hombres se sienten culpables por haber tenido relaciones sexuales con vírgenes (aunque luego se casaran con ellas). Y por otro lado, también existe el ‘perdón’ de los varones a las mujeres con las que se casaron ‘a pesar’ de que no eran vírgenes. Todo esto nos lleva a recordar lo planteado por Ortner en cuanto a que existe un “punto intermedio”, una especie de lugar de pasaje que va del *habitus* dominante a las prácticas de los individuos, que, en este caso, ‘flexibiliza’ el discurso rector sobre la sexualidad, haciendo que los individuos contravengan en la práctica tal discurso sin caer en el desquiciamiento, pero, también podemos agregar, sin verdaderamente transformar las prácticas dominantes guiadas por la estructura y las instituciones. Pareciera que en el marco de los pequeños mundos subjetivos, individuales, de los sujetos, que se dan en el nivel de la vida cotidiana, las personas asumirán conductas, si no transgresoras, al menos que pueden contravenir el esquema cultural dominante, y que estos pequeños ‘des-

Culturales

víos' del discurso dominante no logran socavar del todo lo estipulado por la estructura.

Al llegar a este punto cabe preguntarse cómo podemos insertar lo anterior en el estudio del ejercicio de la sexualidad en la vida cotidiana. Intentaremos perfilar algunos planteamientos al respecto. Retomando a Bourdieu, nos parece interesante esbozar la existencia de un *campo* de la sexualidad y el género en el que los sujetos conviven (en su interior) de acuerdo con un *habitus* estructurado. En ese *habitus* la sexualidad se entiende como una forma simbólica (estructurada según las normas de género socialmente establecidas) en la que las mujeres constituyen una población subordinada ante la dominación masculina. Esta premisa fundamental del *habitus* va a permear cada una de las prácticas de los sujetos en el ejercicio de la sexualidad. En tal sentido, nos permitimos disertar al respecto perfilando un campo de lo sexual estructurado según el *habitus* del género. Pero también consideramos tomar en cuenta esa cotidianidad 'desde dentro' (como diría León, 1999), esto es, a partir de la perspectiva personal de los sujetos. Es decir, trazaremos el *campo* de la sexualidad en función del *habitus* marcado por los roles de género en los que las mujeres son apreciadas en subordinación a los varones, pero de igual forma (y a la vez) consideramos que es fundamental entender las 'pequeñas' decisiones que en el día a día los sujetos deben tomar con relación al ejercicio de su propia sexualidad.

En tal sentido, queremos considerar este análisis también como una problemática que se circunscribe en el terreno de la subjetividad de los individuos. Esto es, de individuos que si bien actúan conforme a un esquema de género ya asignado, igualmente, a través de lo cotidiano, de las constantes decisiones en el propio actuar que deben tomarse a cada momento, las 24 horas de cada día, pueden 'inmiscuir', 'filtrar' (*cazar furtivamente*) prácticas que pueden no siempre ir en función de la demarcación estructural. Dichas prácticas obedecerían, más bien, a una 'historia propia', o personal, totalmente subjetiva de los individuos y que se mantiene, digamos, al margen (aunque no precisamente o totalmente 'afuera' o ausente) de la estructura. Sin embargo, consideramos que no se trata de una especie de

El esquema cultural de género y sexualidad

esquizofrenia en la que los sujetos vayan, como pelotas de ping pong, de un lado a otro, saltando de la práctica individual llevada por la subjetividad a los parámetros estructurales, sino que, más bien, los sujetos intentan articular sus prácticas individuales que pueden ‘contrariar’ el designio estructural con los roles socialmente impuestos y profundamente introyectados. Este esfuerzo de articulación los llevaría a elaborar algunas transformaciones a la conducta socialmente impuesta, generada por su decisión personal; pero, de alguna manera, los sujetos intentarán también ‘hermanar’ ambos aspectos de su vida; es decir, construir un ‘territorio neutro’ (que puede ser ambiguo), como parte de su ejercicio de la sexualidad, en el que convivan lo interno (subjetividad) y lo externo (esquema cultural).

Asimismo, retomando a Thompson, consideramos que la sexualidad es una forma simbólica (y, evidentemente, de acuerdo con Weeks, un constructo social, histórico y cultural) en la que, en su práctica, existen una serie de *mediaciones* que se presentan a lo largo de la vida cotidiana de los sujetos. Estas *mediaciones* aluden a un territorio de pasaje entre el discurso dominante y las posibles ‘contradicciones’ en la práctica cotidiana de los sujetos. En dicho territorio ‘intermedio’ (‘neutro’, como también ya mencionábamos) se gestan resignificaciones, reinterpretaciones, reorganizaciones del discurso sobre la sexualidad según el entorno y el momento histórico que viven los sujetos. Este espacio actuará como una especie de vaso comunicante entre el *habitus* y la práctica cotidiana individual-subjetiva. Sin embargo, nuestra idea es que, si bien existen ‘pequeñas’ acciones cotidianas que contravienen el *habitus*, esto tiene repercusiones variadas en esa estructura socialmente determinada. Cabría preguntarse si una de esas consecuencias puede estar perfilada hacia la reproducción o ‘reforzamiento’ del esquema cultural dominante (en este caso, la dominación masculina sobre las mujeres en el ejercicio de la sexualidad) a través de las pequeñas prácticas cotidianas; o bien preguntarnos si las aparentes transformaciones que perfilan las acciones cotidianas de los sujetos estarán, en realidad, en función de un *gran* discurso compartido sobre la dominación masculina o partiendo de un común denominador que tendrá a la subordinación feme-

Culturales

nina como esquema principal. Esto es, podemos reflexionar o disertar que las supuestas transformaciones, o mejor dicho, las acciones cotidianas de los sujetos que pueden contravenir el discurso dominante de género en el terreno de la sexualidad, están partiendo de un esquema cultural *predeterminado* y que dicho esquema, a pesar de lo que en él aparentemente ‘cambia’, en realidad se mantiene, dado que las posibles transformaciones ocurren en función del esquema que ya existe (en este caso, los roles de género en la sexualidad).

Por ejemplo, el hecho de que las mujeres trabajen o estudien y de que ambas prácticas sean asimiladas actualmente como ‘normales’ en la población femenina, ¿ha sido realmente un cambio, una transformación de los esquemas culturales trazados sobre el género? ¿No sería esto, ciertamente, sólo la colocación en un punto intermedio de dicha transformación, o la flexibilización de un esquema de los roles de género en un esquema cultural más rígido y que, en realidad, no ha cambiado? Esto es, hombres y mujeres parecen aceptar algunos comportamientos de los esquemas de género, pero también, aparentemente, rechazan otros. Esta medianía parece consolidar el esquema cultural rígido. Tal vez Ortner, al plantear un punto intermedio, no está únicamente ‘simplificando’ su postura frente a la problemática del cambio, dando paso a lo obvio, sino que, de alguna manera, esta perspectiva de un posición ‘intermedia’ en la ejecución de los esquemas culturales también puede significar los esfuerzos de los individuos por horadar el poder de las instituciones sobre ellos, y, a la vez, contradictoriamente, fabricar el soporte, la permanencia de un esquema cultural mayor, que para el caso del género y la sexualidad significaría la continuidad del esquema patriarcal de la dominación masculina sobre las mujeres.

Colofón

A continuación intentaremos delinear algunas reflexiones (a manera de síntesis) para que, más que posibles conclusiones, funcionen como pautas para continuar la disertación, las preguntas y las vistas a posibles horizontes teóricos respecto al

El esquema cultural de género y sexualidad

ejercicio de la sexualidad y la construcción de los roles de género. Consideramos que la vida cotidiana constituye, básicamente, la relación que los individuos mantienen diariamente con su entorno inmediato. De esta manera, la vida cotidiana se circunscribe también a una serie de pensamientos y acciones que se objetivan en la realidad inmediata de los sujetos (en un lugar y en un proceso histórico específicos), que reproducen un esquema de acción predeterminado, mismo que es internalizado por los individuos desde su nacimiento a lo largo de su vida. En tal sentido, la vida cotidiana parece aludir a dos terrenos interactuantes: la estructura social, que define las acciones que se deben realizar, y la decisión individual de los sujetos al momento de actuar. De igual forma, la vida cotidiana se configura en el marco de la relación que surge en dos esferas: la colectiva-social (el mundo del esquema cultural predeterminado, de la estructura institucional) y la individual-subjetiva (el mundo personal de las percepciones y decisiones de los sujetos).

En el terreno de los roles de género, entendemos a la sexualidad como una construcción social y cultural, un producto simbólico contextualizado en un tiempo y espacio determinados. La sexualidad se configura en la vida cotidiana en el marco de la relación dialéctica entre estructura e individuo. Esta conformación de lo sexual obedece a los roles de género socialmente determinados que asimilan los sujetos a lo largo de su vida. En este esquema, los varones ejercen el dominio sobre las mujeres. De esta manera, la sexualidad es entendida, también, como una forma simbólica que actúa en el marco de las representaciones y producciones culturales del entorno en que se desarrolla, mismas que, a su vez, se realizan en un contexto de relaciones de poder y conflicto.

Por lo anterior, consideramos la posibilidad de pensar en un *campo* de la sexualidad, con un *habitus* estructurado (y estructurante), en el que coexisten, básicamente, los discursos sobre la sexualidad, cuya premisa principal se desarrolla en función de los roles de género según los cuales las mujeres se encuentran subordinadas a los varones. Sin embargo, vamos a tratar de pensar que los sujetos no solamente actúan en el campo de la sexualidad de acuerdo con un *habitus* rector, en un proceso exclusivamente de reproducción y

Culturales

continuidad, sino que entre la determinación social y el individuo existen diversos elementos de acción que se encuentran fuera de lo establecido por la estructura. Pensamos en un *territorio de pasaje* en el cual se desarrollan diversas *mediaciones*, esto es, reconfiguraciones, reinterpretaciones del discurso dominante en función de la experiencia personal vivida cotidianamente. Esto nos llevaría a reflexionar sobre la presencia de la subjetividad en medio de todo este proceso. Por ello, en nuestro campo de la sexualidad, intentaremos vislumbrar las formas en que ese *habitus* del género puede tener variaciones a partir de ciertas prácticas de los sujetos que de alguna manera contravengan las disposiciones del *habitus*.

Ahora bien, cabría seguir en este camino preguntándonos en qué nivel, de acuerdo con las prácticas cotidianas, se perfilan las transformaciones en el campo de lo sexual, y en qué dirección apuntan esas posibles transformaciones; esto es, si la posibilidad de vislumbrar alguna transformación no hace mella en la estructura, en el sentido de que las prácticas en el ejercicio de la sexualidad que puedan contravenir lo establecido por los roles de género sean, en realidad, una suerte de espacios de ‘contención’ que, en vez de transformar la estructura, puedan funcionar como soportes o reforzamientos del discurso establecido. Tal vez la significación de lo sexual, hondamente enraizada en la percepción del individuo, haga pensar que las posibles contravenciones hechas en la práctica respecto al ejercicio de la sexualidad sean vistas como ‘faltas’ (más que insurrecciones o resistencias ‘conscientes’) a lo establecido en el rubro sexual, es decir, que se ha ‘fallado’ ante lo que es discursivamente (o esquemáticamente) ‘correcto’ de acuerdo con el sexo de los sujetos. De esta manera se consolida la idea de que existe una norma o una pauta que es la certera y a la que hay que seguir.

Bibliografía

AMUCHÁSTEGUI, ANA, “Virginidad e iniciación sexual en México: la sobrevivencia de saberes sexuales y subyugados frente a la modernidad”, en *Debate Feminista*, año 6, vol. II, México, abril de 1995.

El esquema cultural de género y sexualidad

- BERGER, PETER, y LUCKMANN, THOMAS, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Argentina, 1968.
- BOURDIEU, PIERRE, *Sociología y cultura*, Grijalbo/Conaculta, México, 1990.
- , *La dominación masculina*, Anagrama, España, 2000.
- DE CERTEAU, MICHEL, *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*, UIA/ITESO, México, 2000.
- FOUCAULT, MICHEL, *Historia de la sexualidad. Tomo 1. La voluntad de saber, Siglo XXI*, México, 1999.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR, “Introducción: la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu”, en Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, Grijalbo/Conaculta, México, 1990.
- GEERTZ, CLIFFORD, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, España, 1990.
- HELLER, AGNES, *Sociología de la vida cotidiana*, Ediciones Península, Barcelona (España), 1994.
- LAMAS, MARTA, “Género, diferencias de sexo y diferencia sexual”, en *Debate Feminista*, año 10, vol. 20, México, octubre de 1999.
- LEÓN, EMMA, *Usos y discursos teóricos sobre la vida cotidiana*, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias-UNAM/Anthropos, España, 1999.
- MARTÍN-BARBERO, JESÚS, *De los medios a las mediaciones*, Editorial Gustavo Gilly, México, 1987.
- MEAD, MARGARET, *Sexo y temperamento*, Paidós, España, 1982.
- , *Adolescencia y cultura en Samoa*, Paidós, México, 1989.
- MUÑOZ, SONIA, *Barrio e identidad. Comunicación cotidiana entre las mujeres de un barrio popular*, Trillas, México, 1994.
- ORTNER, SHERRY, “Patterns of History: Cultural Schemas in the Foundings of Sherpa Religious Institutions”, en Emiko Ohnuki-Tierney (ed.), *Culture through Time. Anthropological Approaches*, Stanford University Press, 1990.
- PIÑA OSORIO, JUAN MANUEL, *La interpretación de la vida cotidiana escolar*, Plaza y Valdés/UNAM, México, 1998.
- RAMOS ESCANDÓN, CARMEN, “Historiografía, apuntes para una definición en femenino” en *Debate Feminista*, año 10, vol. 20, México, octubre de 1999.
- RODRÍGUEZ SALAZAR, TANIA, “El itinerario del concepto de mundo de la vida. De la fenomenología a la teoría de la acción

Culturales

- comunicativa”, en *Comunicación y Sociedad*, núm. 27, Universidad de Guadalajara, México, mayo-agosto de 1996.
- SAHLINS, MARSHALL, *Islas de historia. La muerte del capitán Cook. Metáfora, antropología e historia*, Gedisa, España, 1988.
- THOMPSON, JOHN B., *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*, UAM-Xochimilco, México, 2002.
- WEEKS, JEFFREY, “Sexualidades contemporáneas: tres conferencias con Jeffrey Weeks”, en Ivonne Szasz y Susana Lerner (comps.), *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*, El Colegio de México, México, 1998.
- , *Sexualidad*, Paidós/UNAM (Colección Género y Sociedad), México, 2000 (reimpresión; la primera edición es de 1999).